

bia recibido noticias de Italia en que se le anunciaba la larga retirada que los archiduques habian emprendido por Hungría, y adivinó que con quien principalmente tenia que habérselas era con los rusos. En consecuencia varió algun tanto la distribucion del cuerpo del mariscal Davout en derredor de Viena, dirigiendo sobre Presburgo á la division de Gudin que de resultas de la retirada de los archiduques, no era al parecer necesario en el camino de Styria, estableciendo á la division de Friant, del mismo cuerpo, delante de Viena, en el camino de Moravia, y separando del cuerpo de Davout á la division de Bisson que por un momento se llamó division de Caffarelli, para que fuese á Brünn á reemplazar en el cuerpo de Lannes á la division de Gazan, que se habia quedado en Viena.

Napoleon llegó á Brünn, y allí fijó su cuartel general el día 20 de noviembre, yendo á visitarle de nuevo y á hablar de paz con mas formalidad que las anteriores veces, Mr. de Guilay, á quien acompañaba Mr. de Stadion. Napoleon manifestó tanto á uno como á otro que deseaba soltar las armas y volver á Francia, pero les reveló las condiciones con que consentiria en ello, diciendoles no queria que Italia, dividida entre Francia y Austria, continuara siendo entre ellas un motivo de desconfianza y guerra, sino que toda entera fuese para él hasta el rio Isonzo, es decir que exigia los Estados venecianos, única parte de Italia que le quedaba por conquistar. En cuanto á lo que pensaba pedir para sus aliados los electores de Baviera, Wurtemberg y Baden, no se esplicó; pero declaró en términos generales

que era preciso asegurar su situacion en Alemania, y poner fin á todas las cuestiones que habian quedado pendientes entre ellos y el emperador, desde la nueva constitucion germánica de 1803. MM. de Stadion y Giulay declamaron largo y tendido sobre la dureza de aquellas condiciones; pero Napoleon no se mostró dispuesto á variar de intencion, y les dió á entender que entregado como se hallaba á las atenciones de la guerra, no deseaba permaneciesen á su lado negociadores que en el fondo no eran otra cosa sino espías militares, encargados en vigilar sus movimientos. Les invitó pues á que se trasladasen á Viena, para avistarse con Mr. de Talleyrand que acababa de llegar á aquella ciudad, porque sin tener en cuenta Napoleon los gustos de su ministro, á quien no agradaban ni el trabajo ni las fatigas de los cuarteles generales, le llamó en un principio á Strasburgo y luego á Munich y al fin á Viena, para que se encargase de esas interminables conferencias que cuando se trata de arreglar un negocio, siempre anteceden á resultados sérios.

No sabiendo reprimirse bien uno de los negociadores austriacos, soltó una palabra imprudente, de la cual resultaba á las claras que Prusia se habia ligado por medio de un tratado con Rusia y Austria. Algo parecido le habian escrito de Berlín, pero nada tan terminante como lo que acababa de saber, y así aquel descubrimiento le inspiró nuevas reflexiones, disponiéndole mas y mas á favor de la paz, aunque sin desistir de sus pretensiones esenciales. Seguir á los rusos hasta mas allá de Moravia, es decir á Polonia, no podia convenirle, porque era esponerse á que los

archiducos le cortasen la comunicacion con Viena, y de consiguiente resolvió esperar á que llegase Mr. de Haugwitz, y desarrollasen los rusos sus proyectos militares, igualmente dispuesto ó á entrar en tratos si eran admisibles las proposiciones que le hiciesen, ó á cortar en una batalla el nudo gordiano de la coalicion, si los enemigos lo proporcionaban una ocasion favorable. Dejó, pues, pasar unos dias, invirtiendo el tiempo en estudiar con gran esmero, y hacer que sus generales estudiasen el terreno en que se hallaba, porque tenia presentimientos de que tal vez daria allí una batalla decisiva. Al mismo tiempo dejó descansar á sus tropas, agobiadas de fatigas, que habian sufrido frios, y algunas veces hambre, y recorrido en tres meses cerca de quinientas leguas, lo cual habia disminuido sus filas, bien que se viese en ellas menos aspeados que en ningun otro ejército. Una quinta parte de los soldados que habia al principiarse la campaña faltaba ya; pero los militares no podrán menos de conocer que era bien poco despues de tantas fatigas; ademas de que al momento que hacian alto en alguna parte, se completaban las filas, gracias al celo con que los hombres que se quedaban detras procuraban reunirse á sus cuerpos.

Los emperadores de Rusia y Alemania por su parte, que se hallaban en Olmütz, empleaban el tiempo en deliberar acerca de la conducta que debian observar. El general Kutusof despues de una retirada en que no tuvo otra cosa que derrotas, llevaba consigo sin embargo treinta y tantos mil hombres, ya acostumbrados á pelear, pero agobiados de fatiga, habiendo perdido de consiguiente de doce á

quinze mil, entre muertos, heridos, prisioneros y estropeados. Alejandro, con el cuerpo de Buxhoevden y la guardia imperial rusa, mandaba cuarenta mil, ascendiendo por consiguiente las tropas rusas á cerca de setenta y cinco mil, á cuyo número hay que añadir quinze mil austriacos formados de los restos de los cuerpos de Kienmayer y Meerfeld, y una hermosa division de caballeria, en todo noventa mil hombres (1).

Aquí debemos observar cuan exageradas eran entonces las pretensiones de Rusia en Europa, comparadas con el estado efectivo de las fuerzas. Quería mantener la balanza entre las potencias, y he aquí los soldados que presentaba en los campos de batalla en que se decidian los destinos del mundo. Kutusof mandaba cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, Buxhoevden y el gran duque Constantino llevaban á sus ordenes cuarenta mil, y el general Essen diez mil: haciendo subir á quinze mil los que operaban en el Norte en combinacion con los suecos é ingleses, y á diez mil los que se disponian á obrar hácia Nápoles, tendremos un número total de cien veinte y cinco mil hombres, que figuraban realmente en aquella guerra, y ciento mil á lo mas, si hemos de creer lo que los rusos dijeron despues de su derrota. El Austria habia reunido mas de doscientos mil, Prusia podia presentar en linea cien-

(1) Al dia siguiente de haber sido derrotados, rebajaron y mucho este número los austriacos, pero Napoleon habla de mucha mas gente en sus Boletines. Nosotros hemos confrontado estados auténticos, y con arreglo al testimonio de varias personas hemos formado un cálculo que presentamos aquí como el mas exacto.

to cincuenta mil, y Francia sola trescientos mil, debiendo advertir que no hablamos de los soldados que aparecian en los estados, pues entonces subirian las fuerzas á un doble sino de los que concurren á las batallas. Es verdad que los rusos eran muy buenos infantes, pero sin embargo, con cien mil hombres, tan valientes como ignorantes, no debia aspirar á dominar á la Europa.

Los rusos seguian menospreciando á sus aliados los austriacos, á quienes acusaban de ser unos soldados flojos y tener oficiales muy torpes, y continuaban asolando el pais. Afligidas las provincias orientales de la monarquía austriaca con la escasez que reinaba en ellas, faltaba lo necesario en Olmütz, y los rusos se proporcionaban viveres, no con la astucia propia del soldado francés, merodeador inteligente pero nunca cruel, sino con la brutalidad de una horda salvaje. Estendian su latrocinio á muchas leguas á la redonda, y asolaban completamente el pais que ocupaban, resintiéndose de un modo visible la disciplina, tan rigurosa por lo regular entre ellos; como que daban á entender no estaban muy contentos con su emperador.

No habia, pues, en el campo austro-ruso los elementos necesarios para tomar determinaciones prudentes, á lo cual hay que añadir que á la inconstancia de aquellos jóvenes se unia un sentimiento de malestar que los inducia á obrar de cualquier manera que fuese, y á variar de rumbo, aunque solo fuese por variar. Ya hemos dicho que el emperador Alejandro empezaba á inclinarse hácia otros hombres, y ahora decimos que

no estaba satisfecho de la direccion dada á sus negocios, porque á pesar de las lisonjas que en Berlin le habia prodigado una camarilla, la guerra no iba bien, y como suele suceder á los príncipes, achacaba á sus ministros los resultados de una política que él habia querido se siguiese, pero que no sabia sostener con la firmeza que se necesitaba para corregir sus vicios. Lo que sucedió en Berlin le confirmó mas y mas en sus ideas, y se decia á si mismo que si hubiese dado oídos á sus amigos, habria cometido mayores disparates, pues con insistir en hacer violencia á Prusia, hubiera conseguido que esta se arrojase en brazos de Napoleon, mientras que, por el contrario, acababa, gracias á su propia habilidad, de lograr que aquella corte contrajese compromisos que equivalian á una declaracion de guerra contra Francia. Así es que no queria el joven emperador oír consejos, porque se creia mas hábil que todos sus consejeros, y mucho menos de boca del príncipe Adan Czar toryski, hombre honrado, sesudo, de pasiones á pesar de su exterior frio, y que se habia convertido, como ya hemos dicho, en censor de las debilidades y versatilidad de su soberano. Segun el ministro de quien vamos hablando, nada tenia que hacer en el ejército el emperador, ni aquel era su puesto, pues ni habia servido ni podia saber mandar. De consiguiente su presencia en el cuartel general, en medio de jóvenes insubstanciales, ignorantes y presuntuosos, servia para anular la autoridad de los generales y al mismo tiempo su responsabilidad, pues haciendo como hacian la guerra con cierto temor, lo que querian era no tener dictámen propio, no tomar

medida alguna por sí, y dejar que mandase una juventud aturdida, para no ser ellos responsables de las derrotas que aguardaban. De este modo iba á estar mandado el ejército por una corte, que es lo peor que podia hacerse, ademas de que aquella guerra debia ser fecunda en batallas perdidas, y para sostenerla se necesitaba constancia, la cual dependia de la magnitud de los medios que supieran emplearse. Era preciso, pues, dejar que los generales desempeñasen á la cabeza de las tropas el papel que les correspondia, y que el emperador fuese á desempeñar el suyo en el centro del gobierno, sosteniendo el espíritu público, y gobernando con energía y aplicacion, á fin de proporcionar á los ejércitos recursos con que poder prolongar la lucha, que era el único medio, ya que no de vencer, á lo menos de contrabalancear la fortuna.

No puede darse un modo de pensar ni mas sensato, ni mas inoportuno para el emperador Alejandro, quien habia procurado hacer un papel político en Europa, y aun no lo habia conseguido á su sabor. Arrastrado despues á tomar parte en una lucha que le hubiera llenado de espanto á no estar tan lejos su imperio, necesitaba aturdirse en el bullicio de los campamentos, necesitaba para no dar oidos á los consejos de su propia razon que en Berlin, Dresde, Weimar y Viena, le apellidasen el libertador de los reyes. Por otra parte, el jóven monarca se preguntaba á sí mismo porqué no habia de brillar á su vez en los campos de batalla; porque, teniendo un talento como el que tenia, no habia de mostrarse mejor inspirado que aquellos ancianos generales, cuya es-

periencia se atrevia á desdeñar, porque la juventud suele ser imprudente; porqué en fin no habia de participar de esa gloria que se adquiere con las armas, que tanto aprecian los reyes, y que entonces concedia la fortuna esclusivamente á un solo hombre y á solo una nacion.

La camarilla militar que le rodeaba, y á cuyo frente se hallaba el principe Dolgorouki, le confirmó en estas ideas, pues queria que fuese al ejército el emperador para poder disponer mejor de su voluntad. Así es que procuraba persuadirle que tenia cualidades para mandar, y que apenas se presentase á las tropas cambiaria los destinos de la guerra; que con su presencia se aumentaria el valor de los soldados, llenos de entusiasmo al verle entre ellos: que los generales eran unos hombres rutinarios y sin carácter, y que si Napoleon habia triunfado de su timidez y de su ya gastada ciencia, no triunfaria con tanta facilidad de una nobleza, inteligente y adicta, mandada por un emperador á quien adoraba. Aquellos guerreros, tan bisonos en la carrera de las armas, se atrevian á sostener que en Dirnstein y Hollabrunn habian sido vencidos los franceses, que los austriacos eran unos cobardes, que no habia hombres mas valientes que los rusos, y que si Alejandro iba á animarlos con su presencia, no seria tan próspera y arrogante la suerte poco merecida de Napoleon.

El astuto Kutusof se aventuró aunque con timidez á decir que no era así enteramente; pero demasiado servil para sostener con valor su dictámen, se guardó muy bien de contrariar á los poseedores del favor imperial, teniendo la baja-

de dejar que insultasen su antigua esperiencia. El intrépido Bagration, Miloradovich, hombre vicioso pero valiente, y el sesudo Doctorow, eran oficiales de cuyo mérito no se hacia caso, siendo el único que tenia verdadera autoridad sobre los jóvenes militares que rodeaban á Alejandro, el general Weirother, aleman y consejero del archiduque Juan en Hoenlinden.

En el siglo último, despues que Federico derrotó al ejército austriaco en la batalla de Leuthen, acometiéndole por una de las alas, se inventó la teoría del orden oblicuo, teoría en que Federico nunca habia pensado, y á la cual se atribuyeron los triunfos que alcanzó aquel hombre grande. Luego que el general Bonaparte mostró tanta superioridad en las altas combinaciones de guerra, luego que se le vió tantas veces sorprender y envolver á los generales sus contrarios, otros comentadores dijeron que el arte de pelear consistia en cierta maniobra, y solo hablaban de coger las vueltas al enemigo. A creerlos, inventaron una ciencia nueva, y para esta ciencia una palabra nueva entonces, *estrategia*, y corrieron á ofrecerla á los principes que consintieran en ser dirigidos por ellos. El aleman Weirother persuadió á los amigos de Alejandro, que tenia un plan bellissimo y muy seguro para destruir á Napoleon, plan que se reducía á una gran maniobra, por medio de la cual debia cogerse la vuelta al emperador de los franceses, cortarle el camino de Viena y arrojarle á Bohemia en derrota, sin que pudiera reunirse con las fuerzas que tenia en Austria y en Italia.

Alejandro solo pensaba en esto, solo tenia fé en los Dolgorouki, y nose mostraba inclinado en

manera alguna á escuchar al príncipe Czartoryski cuando este le aconsejaba se volviere á San Petersburgo, para ir á gobernar, en vez de venir á dar batallas en Moravia.

En medio de esta agitacion de ánimo que reinaba en los jóvenes que componian la corte de Rusia, nadie se ocupaba del emperador de Alemania, nadie hacia caso de su persona ni de su ejército, pues á este, segun ellos, se debia el haber comprometido en Ulm la suerte de la guerra, y en cuanto al emperador debia darse por contento porque iban á socorrerle, y no mezclarse en nada. Y efectivamente, no se mezclaba en mucho, pues no hacia esfuerzo alguno para resistir á aquel torrente de presuncion, esperaba nada mas que batallas perdidas, solo contaba con el tiempo, si es que entonces contaba con algo, y aunque no lo decia, apreciaba en todo su valor el insensato orgullo de sus aliados, porque aquel príncipe, sencillo y poco amigo de aparentar, tenia dos grandes cualidades, ni mas ni menos que los hombres que componian su gobierno, penetracion y constancia.

Cualquiera comprenderá de qué modo se trataria, entre tantos hombres insubstanciales, la grave cuestion que querian resolver, la de saber si era ó no preciso dar la batalla á Napoleon. Esos cuadros inmortales que nos ha trazado la antigüedad, y que representan á los jóvenes aristócratas romanos, violentando con su loca presuncion el saber de Pompeyo, y obligándole á dar la batalla de Farsalia, no son tan grandes ni tan instructivos como el que puede trazarse con lo que sucedia en Olmütz en 1805, en torno del empe-

rador Alejandro. Todos tenían un dictámen particular acerca de si debía buscarse ó esquivar la batalla, y todos lo manifestaban, opinando que no era cosa de dudar la camarilla á cuyo frente se hallaban los Dolgorouki. Segun ellos, era una cobardía y un error insigne no dar la batalla; en primer lugar, porque no podian mantenerse en Olmütz, donde el ejército espiraba de miseria y se iba desmoralizando; además de que si permanecian en Olmütz, abandonaban á Napoleon, además del honor de las armas, las tres cuartas partes de la monarquía austriaca y todos los recursos en que abundaba; mientras que avanzando, por el contrario, iban á recobrar de un solo golpe los medios que necesitaban para vivir, la confianza y el ascendiente siempre poderoso que se adquiere tomando la ofensiva. En segundo lugar, ¿no veian que habia llegado el momento de cambiar de papel, que Napoleon tan listo por lo regular, tan activo cuando perseguia á sus enemigos, se habia parado de pronto, que vacilaba, y que se habia intimidado, puesto que seguia en Brunn sin atreverse á ir á Olmütz en busca del ejército ruso? Pues era porque pensaba en Dirnstein y Hollabrunn, porque así él como su ejército se habian turbado, sabiéndose de un modo indudable que se hallaban las tropas agoviadas de cansancio, reducidas á la mitad, y tan descontentas que murmuraban de sus gefes.

Esto era lo que decian aquellos jóvenes con increíble seguridad; pero algunos hombres prudentes, y sobre todo el príncipe Czartoryski, tan joven pero mucho mas reflexivo que los Dolgorouki, daban en contra razones sencillas, que hu-

bieran sido decisivas para hombres menos ciegos. Sin tener en cuenta (esto es lo que dijeron), aquellos soldados, que se habian enseñoreado del terreno así en Dirnstein como en Hollabrunn, haciéndoles retroceder desde Munich hasta Olmütz, sin tener en cuenta tampoco aquel general que habia vencido á todos los generales de la Europa, y habia adquirido mas esperiencia que todos los capitanes que vivian entonces, ya que no fuese mas grande que ellos, puesto que habia mandado en cien batallas, y sus contrarios en ninguna, sin tener en cuenta aquellos soldados ni aquel general, habia dos razones perentorias para no apresurarse. La primera y mas importante era que dejando transcurrir algunos dias mas, pasaria el mes estipulado con Prusia, y tendria que pronunciarse abiertamente; ¿y quién sabe si con perder una gran batalla antes de que lo hiciese, se le daria motivo para romper la alianza, mientras que si se dejaba, por el contrario, espirar el plazo de un mes, entrarian en Bohemia ciento cincuenta mil prusianos, y Napoleon tendria que retroceder, sin necesidad de correr los riesgos de una batalla? La segunda razon que habia para retardar la lucha, era que dando tiempo á que los archiduques llegasen de Hungría con ochenta mil austriacos, podian batirse contra Napoleon, teniendo dos y aun quizá tres soldados por cada uno de los suyos. No hay duda en que era difícil poder subsistir en Olmütz; pero á ser cierto que no pudieran permanecer allí algunos dias mas, no habia sino trasladarse á Hungría en busca de los archiduques, y allí se encontraria pan y ochenta mil hombres de refuerzo. Además, aumentando la distan-

cia que Napoleon tenia que recorrer se le oponia el mayor obstáculo, de lo cual era una prueba su inaccion desde que ocupaba á Brunn, pues el no avanzar no consistia en que tuviese miedo, pudiéndolo decir únicamente militares faltos de experiencia, sino porque le parecia demasiado grande la distancia. Efectivamente, se encontraba á unas cuarenta leguas mas allá, no de su capital, sino de la que habia conquistado, y si se alejaba de ella, se esponia á que se rebelase.

¿Qué podia contestarse á semejantes razones? Nada seguramente; pero como las razones no convencen á los hombres que tienen el ánimo prevenido, y la evidencia les causa enfado en vez de persuadirlos, la córte de Alejandro decidió que se diese la batalla. El emperador Francisco se prestó á ello por su parte, porque le importaba mucho que la cuestion se decidiese pronto, mediante á que su pais sufría mucho con la guerra, y no sentia que los rusos midiesen sus fuerzas con los franceses, para saber lo que valia cada cual. Tomóse, pues el partido de dejar la posicion de Olmütz, que era muy buena, y en la que hubieran podido fácilmente rechazar á un ejército, por muy superior que fuese en número, para ir á atacar á Napoleon en la posicion de Brunn, que estudiaba con cuidado hacia algunos dias.

El ejército ruso marchó en cinco columnas por el camino que va de Olmutz á Bruün, para ver de acercarse al ejército francés, y el dia 18 de noviembre llegó á Wischau, que dista una jornada de Brunn, sorprendiendo á una vanguardia de caballería y un corto destacamento de infantería que el mariscal Soult habia colocado allí. Tres mil

caballos se ocuparon en envolverlos, y luego penetraron en el mismo Wischau con un batallon, haciendo prisioneros á un centenar de franceses. La mayor parte de aquella hazaña cupo al ayudante de campo Dolgorouki, quien hizo que el emperador Alejandro concurriese á ella, persuadiéndole que aquella escaramuza era la guerra, y que su presencia habia redoblado el valor de las tropas. Aquella pequeña ventaja acabó de trastornar las cabezas de los jóvenes que componian el estado mayor ruso, y desde entonces fué irrevocable la resolucion de pelear, siendo mal acogidas las observaciones que volvió á hacer el príncipe Czartoryski, y teniendo el general Kutusof, en cuyo nombre se iba á dar la batalla, pero que no mandaba, la culpable debilidad de aceptar resoluciones con que no estaba conforme. Convínose, pues, en atacar á Napoleon en su posicion de Brunn, segun el plan que trazase el general Weirother, y avanzaron hasta situarse delante del castillo de Austerlitz.

Napoleon, que tenia estraordinaria sagacidad para adivinar los proyectos del enemigo, conoció que los coligados procuraban tener un encuentro decisivo con él, y se alegró de ello, aunque no dejaba de pensar en los proyectos de Prusia, hostiles definitivamente segun las noticias que acababa de recibir de Berlín, y en los movimientos del ejército prusiano, el cual iba avanzando hácia Bohemia. No habia que perder tiempo; necesitaba dar una batalla terrible ó hacer la paz, pero aunque dudaba muy poco del resultado de la batalla, como la paz ofrecia mas seguridad, y los austriacos la proponian sinceramente al parecer,

si bien refiriéndose siempre en cuanto á las condiciones á lo que quisiera Rusia, deseó Napoleon saber lo que pensaba Alejandro. En consecuencia envió al cuartel general ruso, á su ayudante de campo el general Savary, para que felicítase á aquel príncipe, trabase conversacion con él, y procurara conocer con exactitud lo que queria.

El general Savary partió inmediatamente, se presentó en los puestos avanzados en clase de parlamentario, y le costó algun trabajo llegar hasta donde se hallaba el emperador Alejandro. Mientras aguardaba el momento de verle, tuvo ocasion de juzgar acerca de las disposiciones de aquella joven aristocracia moscovita, su loca ceguedad y su deseo de concurrir á una gran batalla; como que pretendia nada menos que derrotar á los franceses y conducirlos en derrota hasta las fronteras de Francia. El general Savary oyó todo aquello con mucha sangre fria, penetró al fin en la habitacion del emperador, le refirió las palabras de su soberano, y vió en él un hombre atento y amable, pero evasivo, y no muy en estado de poder apreciar los riesgos de aquella guerra. Habiendo asegurado el parlamentario repetidas veces que Napoleon se hallaba animado de disposiciones pacificas, Alejandro se informó de las condiciones con que podria hacerse la paz, y como el general Savary no se hallase en estado de contestar, indujo al emperador Alejandro á que enviase un edecan al cuartel general francés para que conferenciase con Napoleon, asegurándole seria sumamente satisfactorio el resultado de aquel paso. Al cabo de largos coloquios en que, llevado de su celo, dijo el general Savary mas de

lo que debia, le dió por acompañante Alejandro nada menos que al príncipe Dolgorouki, el principal personage de la nueva camarilla que disputaba el favor del czar á Czartoryski, Strogonoff y Nowosiltzoff. Aunque Dolgorouki era uno de los que mas declamaban entre los jóvenes que componian el estado mayor ruso, lisonjeó su orgullo extraordinariamente la comision que iba á desempeñar para con el emperador de los franceses, y se puso en marcha con el general Savary, siendo presentado á Napoleon en el momento en que este acababa de visitar los puestos avanzados, y ni en su traje ni en las personas que le rodeaban se advertia lo que tanto deslumbra á los hombres vulgares. Napoleon escuchó á aquel joven, falto de tacto y mesura, que habiendo recogido de aquí y de allí algunas ideas que eran el alma del gabinete ruso, y que hemos dado á conocer al esponer el proyecto del nuevo equilibrio europeo, las espresó sin oportunidad ni concierto, asegurando era preciso que Francia abandonase á Italia, si queria que la paz se hiciese al instante, pero que si continuaba la guerra con mal resultado para ella, era necesario que devolviese la Bélgica, la Saboya y el Piamonte, para constituir en derredor suyo y en su contra barreras defensivas. Estas ideas, espresadas con mucha torpeza, hicieron creer á Napoleon que aquella era una peticion formal de restituir inmediatamente la Bélgica, cedida á Francia en tantos tratados, y escitaron su cólera, pero se contuvo creyendo que su dignidad no le permitia manifestarla en presencia de semejante negociador. Lo que hizo fué despedirle secamente, diciéndole que en otra par-



te y no en conferencias diplomáticas, se ventilarian las diferencias que tenian dividida la política de los dos imperios. Por lo demas, exasperado en gran manera Napoleon, solo pensaba en una cosa, en dar la batalla á toda costa.

Desde la sorpresa de Vischau, replegó su ejército á una posicion magnificamente escogida para pelear, notándose en sus movimientos cierta vacilacion que contrastaba con el valor que solia desplegar en todas sus acciones. Esta circunstancia, unida á la marcha del general Savary al cuartel general ruso, contribuyó á exaltar mas y mas aquellas cabezas débiles de suyo, y solo se hablaba de guerra en torno de Alejandro, oyéndose decir que Napoleon retrocedia, que habia emprendido la retirada, y era preciso caer sobre él, destruyéndole.

Por su parte los soldados franceses, á quienes no faltaba talento, conocieron que iban á medir sus fuerzas con los rusos, y sintieron extraordinaria alegría, preparándose á una accion decisiva.

Napoleon con ese tacto militar que le habia concedido la naturaleza, y que tanto perfeccionó con la esperiencia, adoptó entre todas las posiciones que hubiera podido tomar al rededor de Brünn, la que debia producirle mayores resultados, suponiendo que fuese atacado, suposicion que se habia convertido en certeza.

Los montes de Moravia, que uenen los de Bohemia con los de Hungria, van disminuyendo sucesivamente hácia el Danubio, hasta tal punto que cerca de dicho rio solo se presenta en Moravia una gran llanura. En las cercanias de Brunn, capital de la provincia, aquellos montes vienen á

ser unas grandes colinas, cubiertas de frondosos bosques de abetos, y sus aguas detenidas por falta de curso, forman varios pantanos, y desaguan por diferentes confluencias en el rio Morova (ó March), para desaguar en el Danubio.

Todo esto se encuentra reunido en la posicion que hay entre Brunn y Austerlitz, y que Napoleon ha hecho célebre para siempre. La carretera de Moravia, que se dirige de Viena á Brunn, se eleva en linea recta hácia el Norte, y luego para ir de Brunn á Olmütz va á parar repentinamente hácia la derecha, es decir al Este, describiendo un ángulo recto con su primitiva direccion. En aquel ángulo está comprendida la posicion indicada, la cual empieza á la izquierda, hácia el camino de Olmütz, en unas alturas herizadas de abetos, se prolonga en seguida á la derecha, haciendo sesgo hácia el camino de Viena, y despues de disminuir poco á poco, termina en unos pantanos llenos de agua en el invierno. A lo largo de aquella posicion, y por delante, corre un arroyo, que no tiene nombre conocido en la geografia, pero al cual llaman los naturales del pais hasta la mitad de su curso Goldbach: dicho arroyo atraviesa las aldeas de Girzikowitz, Puntowitz, Kobelnitz, Sokolnitz y Telnitz, y formando unas veces charcos, y encerrado otras en canales, va á acabar en los pantanos de que hemos hablado y se llaman el Satschan y Menitz.

Concentrado con todas sus fuerzas en aquel terreno, apoyado por una parte en las colinas cubiertas de bosques de Moravia, y particularmente en un montecillo redondo á que los soldados de Egipto llamaban el *Santon*, y por otra en los pan-